

VI

Las viejas ante el fuego nombran espantos
Y muertos, el insomnio palpita en el caldero.

Estación del viento en las lindes del desierto:
Huesos, panes de sal, lanzas herrumbrosas y
Una cisterna vacía como el recuerdo.

Algunos hombres parecen consumidos por las fiebres,
Otros en arduo ejercicio de plantar el grano o el verbo.
(En estos casos se ofrecen rituales y las llamas se nutren con sus cuerpos).
¡Ah geografías adversas!
Al atardecer las bestias inquietan en los corrales
Y alguien refuerza las amarras de su tienda.
Silencio que arraiga en el basalto y en la piedra,
Las viejas disuelven la hoguera y el consejo.
Tormenta en marcha.

Sé de viajantes de nómadas maneras que comercian
Con la sal del deseo.
Bajo la luna del destierro cantan el asombro
O conspiran para alzarse en sueños.
En las arenas del exilio arduo ejercicio
De convocar ausencias.

Sé de otros hombres que profesan la sed de la guerra
Esa absurda y fría gramática de hierro.

Sé de un hombre que fatiga con torpeza de ciego
Cartas trazadas por el ala del sueño
Bajo un gran árbol de fuego.

En tanto suceden geografías tatuadas por el miedo
¡Trópico de ingenuo pavor ante el espejo!

Solsticio de silencio tropical
Utopía de sueños y de asombro.
Casonas con patios donde abunda la humedad,
El geranio y el olor a miedo.
De repente se cuele la noche entre aletazos
De pájaros ciegos disputándose una presa.

Estación con lluvias de olvido
Y palidez de lunas temerosas
Favorable el renuevo de muertos florecientes.

Plazas de adoquines óseos
Picotas coronadas de cabezas
Un caballo palpita entre mis venas.

Una vieja con cabellos de ceniza
Espanta los últimos fantasmas
Y alguien se agazapa de este lago de la ira.

Noviembre 1982.